

ALMA
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



MATER
AGENDA *Cultural*

**Último hombre
que consulta una
biblioteca**

Campo Ricardo Burgos López

**El
cataclismo de
Damocles**

Gabriel García Márquez

**Cuando se
perdió el azul**

Haruki Murakami

Presentación

En el mes de diciembre, si bien es una época propicia para el descanso, también se presenta como un momento para plantear balances y reflexiones sobre la forma como transcurrió el año que termina. A su vez, es el tiempo adecuado para mirar el futuro y cargarlo de proyectos y de metas.

Alma Máter Agenda Cultural no es ajena a esa actitud y, en tal sentido, quiere proponer textos de diversos autores que, si bien, a primera vista se alejan del concepto tradicional de la Navidad, sirven de complemento y de catalizadores para plantearnos preguntas fundamentales sobre nuestra existencia y sobre nuestro papel en el mundo.

Indudablemente nuestra cultura asocia la época de la Navidad con celebraciones de diversa índole: familiares, comunitarias, etc., y en ese sentido apunta el texto: *Sabores navideños, memorias y vínculos sociales*, en el cual su autor, Ramiro Delgado, hace un recorrido por esa faceta de nuestra identidad.

En el marco de las celebraciones de la Navidad, programadas entre el 7 y el 20 de diciembre, la División de Extensión Cultural invita a toda la comunidad para que participe y disfrute de eventos como la *Fiesta del Libro*, así como de los conciertos y las obras de teatro, con los cuales finaliza sus actividades del año 2000.

Antioquia. Libros iluminados por la música, por el canto, por la palabra. Libros iluminando el sueño de la Universidad como UN ESPACIO PARA LA LIBERTAD.

Libros en pie de fiesta el 7 de diciembre de 2000 en la Universidad de Antioquia.

Sabores navideños, memorias y vínculos sociales

Por: Ramiro Delgado Salazar

Desde el momento en que empiezan a tener presencia

la natilla y el buñuelo en la cotidiana de Medellín, cada uno de nosotros dice: ¡Ya llegó la

Navidad! época decembrina! ¡El fin del año! De tal forma que hemos asociado estos símbolos culinarios como marcadores de un cambio temporal y como indicadores de una época específica.

Y es en el intercambio y en el viajar de estos dos alimentos, donde muchas veces nos centramos en la época navideña, pues en los hogares “hacer la natilla y los buñuelos” no representa sólo un asunto familiar, sino, por el contrario, un evento que permite que esos platos

de plástico o de icopor, esas bandejas de porcelana antiguas o de pedernal, comiencen un amplio recorrido por las calles de los barrios llevando la natilla y los buñuelos cargados de sentimientos, afectos,

sabores, recetas, memorias vivas; es decir, por medio de ellos, cada

persona o familia establece o restablece

procesos de comunicación en la Navidad. En este viaje de sabores y preparaciones

encontramos, además, las hojuelas, el manjar blanco y los buñuelitos en almíbar con flores de azahar, todos cocinados con diversas recetas, diferentes manos y numerosas formas de sazonar los sabores navideños, y los cuales hablan constantemente de las personas que los preparan. Ahí, en esa diversidad de alquimias, la ciudad construye identidades y memorias, ausencias y presencias. Es significativo en esta época oír día a día - infortunadamente cada vez desde fechas más

tempranas al 16 de diciembre-, los más variados comentarios y juicios de valor alrededor de los mil tipos de buñuelos y natillas, hojuelas y manjares blancos. Aquel es el diario “rumor” frente a estos actores culinarios de las Navidades, que por medio de sus productos

transmiten una información constante sobre las texturas, los sabores, los olores, las formas, los tamaños, las cantidades y la sazón, propios de quienes los hicieron. La comida navideña, encarnada en estos símbolos en

circulación, permite reactivar los vínculos sociales y comunitarios, y rememorar una vida y una interacción. Valdría

Valdría la pena reflexionar en esta época del año, sobre lo que representa el acto de “compartir los alimentos”, de comer colectiva o grupalmente y, a su vez, intentar seguir las rutas del intercambio de éste, el cual va desde los íntimos - lugares barriales, hasta los más distantes puntos geográficos.

la pena reflexionar en esta época del año, sobre lo que representa el acto de “compartir los alimentos”, de comer colectiva o grupalmente y, a su vez, intentar seguir las rutas del intercambio de éste, el cual va desde los íntimos lugares barriales, hasta los más distantes puntos

geográficos. Cada persona transmite sus sentimientos por medio de una bandeja de natilla, de unos buñuelos, y, muy probablemente, tendrá que esperar hasta el próximo diciembre para recibir ese mensaje de sus parientes, amigos y conocidos, y así poder saborear la relación que los une, y que, por muy distante que se esté, son reunidos en torno de la Navidad, para volver a sentir quiénes son los nuestros, quiénes son los míos. Si cada uno de nosotros conmemora esta experiencia, podría inclusive darse cuenta de que, en muchas de sus casas, es más lo que se comparte que lo que finalmente es consumido. Se trata de la ruta de los afectos vestida de natilla y de buñuelo, de hojuela y de manjar.

Los buñuelos y la natilla no son sólo sinónimos de viajeros de la identidad y de la memoria de esta época. Son también

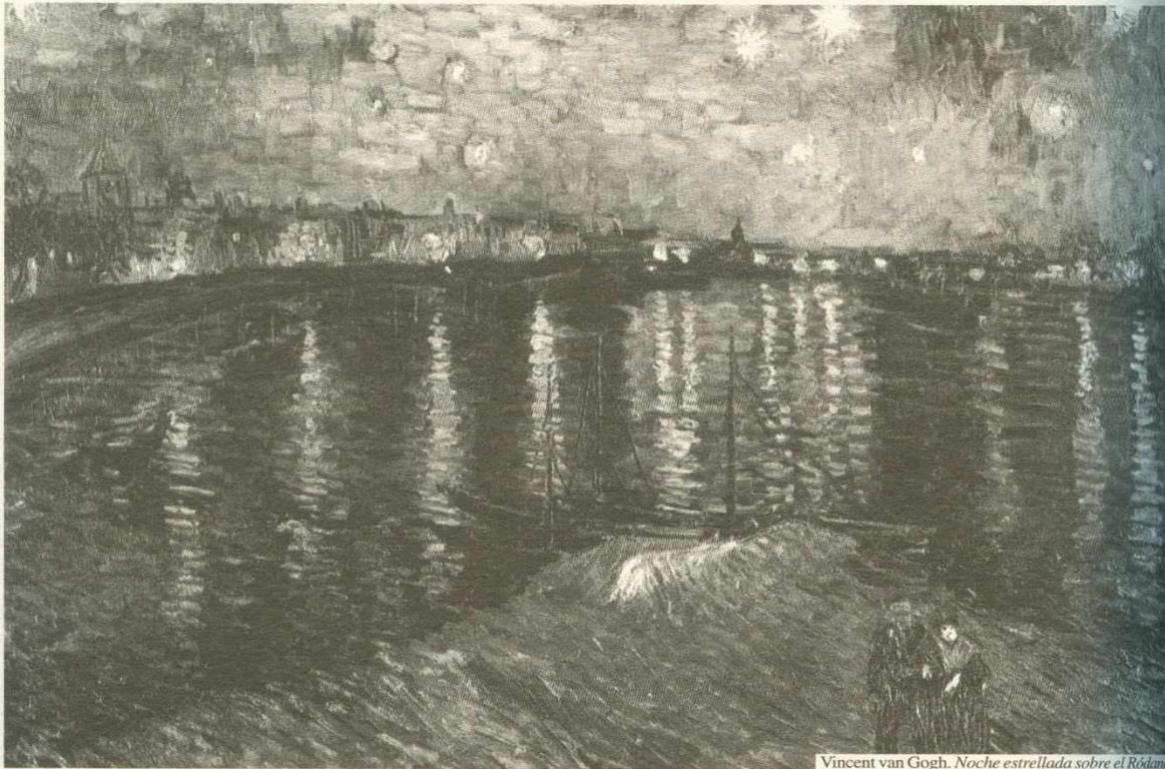
sinónimos de colectividades que se congregan en tomo de la preparación comunitaria, para celebrar las novenas, las “marranadas” y los “sancochos”. La época navideña, que inicia el 7 de diciembre y se extiende hasta el 6 de enero, es una posibilidad de interacción para distintos grupos de personas alrededor de las festividades de fin de año. ¿Cuántos se reencuentran, se vuelven a ver en función de este tiempo festivo, sagrado y profano? Es necesario reconocer el papel aglutinador de la Navidad en nuestro contexto, para entender la importancia de la gastronomía como elemento contundente en la consolidación de nuestra identidad regional.

En ese sentido resaltamos cómo, en función de la organización de las novenas, así como de la preparación de la natilla, de los buñuelos y de las “marranadas”, diversos grupos de familiares, amigos, vecinos y paisanos llegan a los diferentes centros de celebración, y ponen en juego múltiples recetas y fórmulas para preparar y consumir lo cocinado.

Entre todos se distribuyen las tareas

alrededor de la natilla y de los buñuelos: los unos muelen el queso, los otros organizan la paila y el aceite, mientras otros se disponen a conseguir la leña y el carbón. Cuando el día comienza, ya hay quienes están pendientes del maíz, de la panela, y, a su vez, ya hay quienes están en función de la leche que se utilizará. Lo mismo podemos decir en torno de las “marranadas” y los “sancochos” navideños.

Valdría la pena hacer un balance de las diferentes natillas que durante esta época navideña y de fin de año circulan por nuestras vidas; cuántas de ellas las “tenemos que comer”, cuántas ni siquiera las intentamos probar, y de cuántas estamos pendientes durante todo el año no sólo para consumidas, sino porque representan parte de nuestra historia patrimonial culinaria, y porque de una u otra forma están cargadas de ese recuerdo de un momento antes compartido. Ni hablar de los inolvidables buñuelos de la Navidad cargados también de la memoria y de la identidad tradicional antioqueña.



Vincent van Gogh. Noche estrellada sobre el Ródano

Novenas acompañadas de parientes, amigos y vecinos, con sabores familiares o lejanos, nos permiten tener siempre presente el lugar tan significativo del acto de cocinar y de comer en forma comunitaria. “Marranadas”, natillas, buñuelos, hojuelas y manjares son un pretexto para ser conscientes de que el comer nutre, en

primera instancia, la mente y el alma, y, posteriormente, el cuerpo, y que en épocas navideñas y de año nuevo, nos vemos convocados a disfrutar, a criticar y a opinar sobre la pluralidad de las viandas que ingerimos, y sobre las múltiples relaciones sociales y simbólicas que tejemos, que revivimos y que sentimos. Una

inolvidable celebración navideña no tendría el sentido real fuera de las bebidas y comidas, fuera de los momentos compartidos en los que las memorias e identidades se reelaboran alrededor de ese disfrutar en comunidad.

Ramiro Delgado, profesor del Departamento de Antropología

